

segun demuestra sin réplica Mr. Gainet, son vergonzosos, no solo para las almas religiosas, sino para el buen sentido y la ciencia, que tan poco se ha respetado á sí misma.— (Traducido.)—El abate DEFOURNY.

P. S.—Incompleta sería esta apreciacion, si omitiésemos añadir que no es exclusivamente nuestra. Desde que se escribieron estas líneas, el episcopado y la ciencia han tributado homenajes á Mr. Gainet. A los ojos de los más autorizados Obispos franceses la *Biblia sin la Biblia* ha parecido un *arsenal inmenso* (el Cardenal Mathieu), una *resurreccion de los más sabios trabajos de los Benedictinos* (Mgr. de Langres), *el tema de la verdad* (Mgr. de Montauban), una *obra de Romanos* (Mgr. de St. Dié). El abate Glaire encuentra el *plan perfecto*. Carlos Weiss, que tenia conocimiento de la obra antes de ser impresa, la llamaba: *una gran obra, que debia de colocar al autor entre los hombres más instruidos de nuestra época*. Por último, el Dr. Sepp, refutador victorioso de Strauss, le ha dado un pláceme incomparable, escribiendo al autor: "que apenas cuenta Alemania alguno que se le asemeje entre sus mayores teólogos."

A DANTE.

SONETO.

(Traducido de Miguel Angel Bounarroiti.)

Él descendió al abismo: ráudo luego cuando vió los infiernos, sube altivo, llega hasta Dios, y de su rayo vivo muestra á la tierra el increado fuego.

Astro de gran valor, al hombre ciego lo eterno enseña; pero el hombre esquivo se complace en mirarlo fugitivo, cual á sus héroes receloso el griego.

De Dante el libro fué menospreciado y el noble anhelo que en su pecho hervía, por la envidia que siempre al génio oprime.

Mas si yo fuese él! si igual mi estado, ¡cómo auz el cetro mismo cambiaría por su destierro y su virtud sublime!

N. CAMPILLO.

ODA.

A Cádiz mi pátria, despues de muchos años de ausencia.

¿Eres tú? ¿Eres tú? ¡Oh pátria mia!  
¿O es mi imaginacion audaz, ansiosa,  
Que arrebató mi espíritu agitado,  
Que mi alma eleva y guía  
Y la lleva afanosa  
Hácia el supremo bien por ella ansiado?

Sí, eres tú. Mi plácida existencia  
Recibí en tí, y mi primera lumbre,  
Y el áura que aun respiro placentera:  
Me ornastes con tu esencia;  
Me alzastes á tu cumbre:  
Mi cuna la meció tu primavera.

Hércules te fundó noble, grandiosa;  
Pompeyo, Balbo, Lucio, Culumela,  
Tu poder, tu dominio levantaron,  
Y tu empresa famosa  
Que por el orbe vuela,  
Dellines y leones la formaron.

Lejos de tí mi mente se extasiaba  
Al recordar tu aspecto de amor lleno,  
Y ausente, mi tributo te ofrecía;  
Y volver anhelaba  
A tu precioso seno,  
Y tus glorias gozar, tu poesía.

Tu trasparente cielo puro hermoso  
Y ese brillante sol que lo ilumina,  
Mi espíritu angustioso consolaban:  
Y con grato reposo  
Cual á flor que germina,  
Ese tu cielo y luz me acariciaban.

El amor paternal ¡amor divino!  
Me prodigó sus bienes, sus caricias,  
Su animacion, sus dichas perennables;  
Me guió en mi camino;  
Me colmó de delicias  
Y de venturas gratas é inefables.

El deber me apartó con eco austero  
De tu dulce beldad y tus halagos,  
Y seguí por la ruta que marcaba  
Mi sendero certero:  
Nunca en afectos vagos  
En mi noble carrera me empleaba.

En santa animacion, firme, animoso,  
En Zaragoza ufano sosteniendo  
Nuestra fé, nuestro honor, la independencia  
Lidié: y belicoso  
En el marcial estruendo,  
Del guerrero del siglo en la presencia.

Torné á tu seno y en mi pecho amante  
Prendió la llama del amor dichoso  
Y el Himeneo coronó mi frente;  
Y mi ardor incesante

En deliquio amoroso  
Aun conserva mi espíritu ferviente.

Un vástago la sabia Omnipotencia  
Me concedió en mi incesante anhelo,  
Que reanimó mi ser y mi esperanza;  
Su querer, su adherencia  
Y su expresivo celo  
Afianzaron mi bien, mi confianza.

Lisonjas mil me presentó la suerte:  
Honrosas distinciones me ofrecía;  
Mas ¡oh Gades! sin tí no hallé consuelo:  
Agitado ó inerte  
Angustioso corría  
Tras tu querida sombra en mi desvelo.

Gocé, mas mi ilusion huyó ligera:  
Admiré Ninfas bellas, portentosas,  
Y graciosas sirenas que encantaban,  
Mas mi mente severa  
No las juzgaba hermosas  
Si á las divas de Cádiz no igualaban.

Ni á sus hijos, los hijos de otro suelo:  
Modelos de amistad y de concordia  
Rosas, Mora, Urmeneta, Galiano!  
El tiempo con su vuelo  
Vuestra grata memoria  
No borraré en el suelo gaditano.

Aun conserva la imagen bonancible  
De aquel tiempo precioso mi alma ufana;  
Y aunque la nieve mi cabeza cubre,  
Mi espíritu inflexible  
Mi animacion lozana  
Se sostiene en su ardor: y el yelo encubre.

Soy avecilla que cruzando el viento  
Se pierde en la floresta pavorosa,  
Y que busca su nido tierna amante  
Con apagado aliento:  
O la abeja afanosa  
Que el cáliz de la flor liba incesante.

O el altivo adalid que vagaroso  
Erraba en el imperio de Neptuno,  
Buscando su querer y pátria en vano:  
Y aunque el tiempo azaroso  
Lo mantuvo infortunado,  
Volvió á ocupar su sòlio soberano.

Feliz, feliz el que en su seno mora:  
Que tu aliento respira delicioso:  
Que lo cobija tu celeste cielo:  
Que tu luz lo colora:  
Y que adquiere gozoso  
Tu inspiracion, tu encanto, tu consuelo.

¿Y he de volver á mi cruel retiro?  
¿Y de ausentarme de tu bien y gloria?  
¡Suerte fatal! me arrastrarás airada;  
Mas el amor que aspiro  
Mantendrá en mi memoria,  
A mi hermosa ciudad idolatrada.

J. M. DE ARRAMBIDE.

Del Dinero con relacion á las costumbres y á la inteligencia de los hombres.

Mucho han hablado los economistas del dinero. Nada nuevo ni curioso podria añadir yo sobre lo que ellos han dicho. Bástenos saber que el dinero es indispensable al hombre, desde el momento que el hombre vive en sociedad, y que, no es solo un valor, sino un valor que circula con mayor facilidad que todos los demás valores, y que los representa y los mide.

Sentadas estas verdades innegables, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero con las costumbres, con la inteligencia y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores vulgares.

El primero y más capital de estos errores consiste en creer que en nuestros dias es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el dia de hoy, los hombres son como siempre; pero, si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me seria acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entonces, y que su imperio, lejos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un artículo erudito, sino un artículo filosófico.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivian se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de esto que digo.—*Por dinero baila el perro.*—*Cobra y no pagues, que somos mortales.*—*Dádivas ablandan penas.*—*Ten dinero, tuyo ó ajeno.*— Y así pudiera yo seguir citando hasta llenar un pliego de impresion.

En los países de una cultura atrasada, en los pueblos semi-bárbaros, se advierte un fenómeno, que conforme nos vamos civilizando y puliendo un poco más,

mengua, yá que no desaparece del todo. Es este fenómeno la deshonra, el descrédito, la vehemente sospecha y aun el horror que rodea al que es pobre, el cuál es aborrecido, cuando no es despreciado. El refran antiguo español lo declara: *la pobreza no es deshonra, pero es ramo de picardía*. Nuestro inmortal Cervantes, haciéndose eco de este sentimiento general, dice, no una vez sola, que es difícilísimo que un pobre pueda ser honrado. El Reverendo Fray José de Valdivieso, en su poema de San José, no acierta á concebir que el Santo, padre putativo de nuestro Divino Redentor, y descendiente de reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico; así es que asegura que San José era carpintero por distraccion y no para ganarse la vida:

Pues debió de tener juro reales,  
cual descendiente de señores tales.

De seguro que á nadie se le ocurriría, en nuestro siglo disculpar á San José de haber sido capintero, y suponer que tenia *treses* ó billetes hipotecarios.

Ni la nobleza de sangre disculpaba la pobreza: antes, el tener dinero, ha sido en todos los siglos, origen de hidalguía.—"Dineros son calidad,"—"Más vale el din, que el don,"—son refranes que corroboran mi aserto. La profunda veneracion que inspiran el dinero, y por el dinero quien lo posee, ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuido algo es el horror ó el desprecio al pobre, y ciertas asechanzas de que el rico debía de verse, en lo antiguo, perpétuamente rodeado. El hombre prudente y discreto tenia, no hace muchos años, en todas partes, y en el dia, tiene aun, en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobre todo si es ó era muy rico ó muy pobre: si es muy pobre, para que no le desprecien, y si es muy rico, para que no le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado ó amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en las paises cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que habia que desear era una medianía de fortuna, á fin de vivir feliz y tranqui-

lo, ni envidioso ni envidiado.

Porque, á la verdad, si el dinero es un bien, mientras mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la *aurea mediocritas*, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino imaginando ó recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto á que le matasen ó maltratasen para robarle, yá sus conciudadanos, yá el emperador, ó el principe, ó el potentado, bajo cuyo imperio vivia. Y cuando á la riqueza no iba unido un alto grado de poder, era más constante el peligro, y casi imposible de conjurar. No creo yo que el odio profundo, que tuvimos en la edad media á los judíos, proviniese solo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes degollinas, que hubo en España, de judíos, acaso no hubieran llegado á realizarse, si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede afirmarse de los frailes en estos últimos tiempos, luego que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abundancia de dinero y de bienestar, y el más concertado y político modo de vivir de los hombres, han disminuido el aborrecimiento de los que no tienen á los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya, en los paises cultos, nadie ó casi nadie atesora. Pocos años há, todos los que podian atesoraban en España. La literatura de los pueblos semi-bárbaros está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos, guardados por un dragon, por un gigante ó por un monstruo terrible, que nada menos se necesitaba para que no los robasen.

Y era tanto el peligro que corria el dinero, saliendo á relucir, que legítimamente tenia que ser usurero quien le prestaba. El crédito que centuplica los capitales, y pone en movimiento las fuerzas productivas, apenas era conocido entonces.

Este desenfado, esta movilidad, esta animacion del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, y que se agita, v se mueve, v circula, es lo que ha

ce creer á los hombres poco pensadores, que vivimos en un siglo metalizado: que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero.

¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más adorada, más reverenciada la imágen que sale por las calles y plazas, aun cuando sea en muy devota procesion, y doblando todos á su paso la rodilla, que la Divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incommunicable y desconocido á cuantos no están iniciados en sus misterios?

Hay asimismo otras muchas razones para que en el dia se estime menos el dinero. Es la primera, que hay más. Es la segunda, que con el crédito llega más fácilmente á todas partes. Es la tercera, que produce menos intereses. Es la cuarta, y quizás la más poderosa, que nuestro siglo, como más civilizado que los anteriores, es tambien más espiritua-

lista. Y aquí no puedo menos de detenerme á considerar y á condenar la ridícula manía de muchos que dan en acusar de materialista á nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos, y florece ahora con portentosa eflorescencia. Apenas hay mente-cato, el cuál, si hubiera vivido dos ó tres siglos há, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, ó por lo menos que no diga que goza, oyendo la música más sábia y alambicada. Juan Ruiz, arcipreste de Hita, siguiendo la opinion de Aristóteles, afirma que solo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre; á saber: *mantenencia*, y otra que no debo mentar, aunque el arcipreste la mienta, escudado con Aristóteles:

Si lo dijese de mio, sería de censurar,  
Dícelo gran filósofo non so yo de reptar.

Pues ya tenemos que, en el dia de hoy, mueve tambien al hombre la música, y, aunque sea muy rudo, gusta de ir al Teatro Real á oír á la Patti. ¡Oh triunfo del espiritualismo!

Pero el espiritualismo de nuestro si-

glo es sintético, y esta es la causa de que algunos que no le comprenden, acusen de materialista á nuestro siglo. En los pasados, ó no se hacia caso de la materia y se la dejaba á sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacian en el molinosismo, ó se la maltrataba y castigaba como á súbdito rebelde, por donde venian las gentes á dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época, tratan las gentes de rehabilitar la materia, en el buen sentido de la palabra, y la espiritualizan y purifican cuanto pueden. La materia, al fin, es obra de Dios, y aunque algo perversa por el pecado, no es cosa tan abominable como ridículamente se asegura. Al fin ella ha de resucitar y ha de ir al cielo, si bien transfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermo-seándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen ya los hombres en ciertos paises adelantados lavarse todos los dias, costumbre rara, cuando no desconocida del género humano, ciento ó doscientos años há. Por eso no se comprendia bien la significacion del principio de aquella oda de Píndaro: *Alto don es el agua*. Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo para las personas de cierta edad. De aquí el refran hidrofóbico tan castizo: *De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga*. Un hombre de setenta años, cuando ó donde no habia, ó no ha caido en desuso este refran, debe ó debia de tener su piel cubierta de más capas y estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados, es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo, consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así el alma como el cuerpo. Un hombre limpio no es capaz de sentir tan bestiales apetitos como un hombre sucio.

En muchos libros de moral, escritos por frailes, que de seguro se lavaban poco, hé leído precauciones tan inauditas para evitar la tentacion, que me pasman

BIBLIOTECA

y me hacen imaginar que los hombres y las mujeres de entonces serian como la yesca, y la pólvora, y el fuego.

Uno de estos autores aconseja que cuando haya que entregar algo á una mujer, se ponga lo que ha de entregarse en una mesa ó en algun otro sitio, y no se dé en la mano, á fin de evitar el más ligero frote ó casual tocamiento, y añáde que las personas de diferente sexo deben estar por lo menos á una distancia de cuatro varas. La efervescencia, que supone este exceso de precaucion, provenia sin duda de la poca agua, la cuál refresca, modifica y hasta espiritualiza.

Estos síntomas de *espiritualizacion* se notan hoy en todo. Ya con la homeopatía, hasta los achaques de la materia se curan casi espiritualmente. No se toman remedios, sino se toman, por decirlo así, las virtualidades, el espíritu, la sombra vaporosa de los remedios. ¿Quién sabe si dentro de poco se inventarán tambien alimentos homeopáticos, y nos nutriremos con la virtualidad ó con la esencia eléctrica é imponderable de los pavos y de los jamones, en vez de nutrirnos del modo vulgar y grosero que ahora se usa? La frenología y el magnetismo han venido á mostrar las íntimas y misteriosas relaciones que median entre el espíritu y la carne, casi volatilizando á esta última. Tal vez no esté muy lejos el dichosísimo y gloriosísimo dia en que lleguemos á volar y á ser ubíquos y compenetrables. ¿Qué gusto no será entonces para dos esposos que bien se quieran el poder reducirse, combinarse, aniquilarse é infundirse casi el uno en el otro, introduciéndose ámbos en una *bombonière*, ó hasta, si á mano viene, en una cáscara de avellana! La electro-biología es una ciencia que empieza ahora, y que aun tiene que dar mucho de sí.

Por todas estas consideraciones, y por otras que callo, á fin de no hacer prolija la digresion, tengo por cierto que nuestra edad antes peca por exceso de espiritualismo, que por otra cosa. Estamos acometidos de una enfermedad que puede y debe llamarse *pneumatosis*. Señal de ella es, entre otras mil, la aficion que tenemos á las mujeres entecas, flacas ó enfermizas, prefiriéndolas á las sanas y

robustas para heroínas de nuestros dramas y novelas y aun para damas de nuestros pensamientos y fuente de inspiracion de nuestra poesía *hospitalaria* ó *cadavérica*.

Y sin embargo, se me dirá, en este siglo tan espiritualista, se ama el dinero poco menos que sobre todo. Convento en que hay este amor, pero no en que no le haya habido siempre, y quizás más vivo. No voy á disculparle ahora, pero sí á explicarle.

Al compás que una sociedad vaya siendo más perfecta y bien organizada, el dinero irá adquiriendo una virtud más significativa, (aproximándose á la infalibilidad), de que es inteligente, laborioso y precavido quien le posée. El dinero representará entonces el talento, el trabajo y otras muchas virtudes. El no tener dinero significará, casi equivaldrá á ser tonto, holgazan, ignorante y para poco. No hemos llegado aun, por desgracia, á este grado de perfeccion social, y hay aun muchas personas que adquieren mal el dinero. Mas, como al confesar que el mayor número le adquiere mal, aun dado que esto fuera cierto, sería ocasionado á gravísimos peligros, y daría pretexto á los pobres para odiar á los ricos, todas las personas razonables y amigas del orden y del sosiego públicos, debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, mientras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando á un lado la mala pasion de la envidia, el ser rico significa y tiene que significar que vale más quien lo es, en lo moral y en lo intelectual, que el que es pobre. En resolucion, el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen ó ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarían de ser tales virtudes: pero estas virtudes tienen su premio en ellas mismas. La virtud es tan preciosa que no hay cosa alguna en la tierra que pueda pagarla, salvo la satisfaccion interior de la conciencia. Por esto me ha parecido siempre ridículo todo

premio ofrecido á la virtud. Quien se pusiera á ser virtuoso para ganar el premio, no sería virtuoso.

Ni siquiera se suele ganar con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma ó por apocamiento, necedad ó cobardía: y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuir la á dichas calidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas, antiguos y modernos, la palabra *bondad*, apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *dabbenaggine* en italiano, *cuetheia* en griego, *bonhomie* en francés, etc., etc., etc. Pero como la virtud es y debe ser tambien superior á la vanagloria, el virtuoso no solo debe serlo aun á trueque de ser pobre, sino tambien á trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas diatribas y declamaciones contra los vicios, la corrupcion y el lujo, me han parecido siempre más propias de la envidia ó de la sandez que de un espíritu recto y juicioso.

Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobremente, y tal bribon habita en un palacio y dá fiestas espléndidas: la mujer honrada anda á pié por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba vá con sedas y encages y joyas en un soberbio coche; cuando esto se dice, repito, yo no puedo menos de reirme en vez de conmovirme. Pues qué ¿se quiere que la probidad se pague con palacios, y la castidad con diamantes y trenes? Entonces los mayores pícaros se harían probos para vivir á lo príncipe, y las bribonas más impúdicas echarían la zancadilla á Lucrecia y á Susana, á fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda menos mal de lo que se créé.

Mucho tiene que sufrir la virtud, pero, si no tuviera que sufrir ¿sería virtud? ¿qué mérito tendría? Y sin duda que la piedra de toque en que se aquilata y contrasta el sufrimiento, es esta duda en que deja el virtuoso á los demás hombres, acerca de si su virtud es tontería, impo-

tencia ó amilanamiento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten á esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no lo tienen para pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen valor para vivir con poco dinero; mas no para que crean que ha faltado quien se le quiera dar. ¡Dios nos libre de esa gran tentacion de evitar la nota de mentecatos y para poco! ¡Dios libre á las mujeres honradas de esta gran tentacion de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas excelencias y sublimidades de nuestro ser, apenas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen solo á dicha medida. Ni la ciencia especulativa, ni la poesía más elevada, están por lo comun al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres, si lo son. Los pensamientos sublimes, y la delicadeza y el primor del estilo, son prendas que pocos saben estimar. La gloria es siempre tardía para este linage de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan á comprender lo que valen. Así es que su fama vá cundiendo y acrecentándose por autoridad, disputada y contradicha á menudo, y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta se suelen morir sin gozar de aquel respeto y aun adoracion que más tarde se tributa á su memoria.

El mismo sabio, y más aun el poeta, por excelente crítico que sea, no se pueden consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demás hombres desconocido ó negado. No saben á punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputacion que adquiere se debe á pocos sugetos entendidos que logran imponer su opinion, á veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demás hombres se someten á esta opinion por pereza, ó porque habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunde en honor de la patria ó de la humanidad toda, contribuye á que,

contenidos por cierto egoismo, sean pocos los hombres que tiren á destruirla. Por lo demás, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, á Homero como al primer poeta épico, diez á lo más, en los países cultos, le han leído, y de estas diez, nueve se han aburrido ó dormido leyéndole; uno solo ha gustado acaso de aquellas bellezas y excelencias del estilo.

La poesía, pues, en su más elevada acepción, así como la virtud en su acepción más elevada, tiene solo la recompensa en ella misma; en la creación de lo ideal, en la fijación y depuración de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños y fugitiva en el mundo, y á quien el poeta aparta y sustrae de lo feo y dá una existencia inmortal, á fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Resulta de lo expuesto, y aun resultaría más claro, si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas á nuestro siglo, ni á los pasados, ni á los hombres de ahora, ni á los de entonces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y por lo tanto, aquel que le posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, enamoradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan también enamoradas del dinero, como medio excelente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos sublimes.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquiera persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventurarían por ella la vida, que le harían el sacrificio de la existencia. ¡Cuántos no salen al campo en duelo á muerte, por defender á un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaría por un amigo su caudal; ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro quemando vivo, en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la

humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje á las ondas embravecidas ó á las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizás ha rehusado algunos días antes dar una limosna de dos reales á la persona salvada ahora tan generosamente.

Vice versa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero que el de la vida misma. Y esto por mil razones muy justas. La vida se sacrifica ó se expone por cualquiera cosa; el dinero, no. No hay pelafustan que no tenga una vida que exponer como cualquiera otra; pero no todos tienen dinero que exponer ó sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquiera cosa, por un miserable jornal, por una mezquina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor, qué hizo más don Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos que lo que puede hacer y hace á cada instante, con menos estruendo, el último perdido, por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de don Suero.

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro como el rico. Así es, que los ricos suelen ser más amados que los pobres, aun por las mujeres desinteresadas. ¿Puedo acaso dar á una mujer pruebas tan evidentes y distinguidas de amor, aun dejándome matar por ella, como las que puede darle el Barón Rotschild, enviándole un magnífico regalo? Ya demostré que esto no es posible: luego no debería yo nunca acusar de interesada á la mujer que por el Barón Rotschild me dejase, aun suponiendo que yo tuviese más mérito intrínseco que mi poderoso rival.

El dinero se puede asimismo afirmar que dá mérito intrínseco, como el no tenerle le quita. El dinero dá buen humor á quien le tiene y le suele hacer urbano y bien criado. El pobre, por el

contrario, ó es tímido y encogido, ó anda siempre hecho una fiera. Cualquiera palabra en boca del rico es una gracia, por donde la misma confianza que tiene de que sus gracias van á ser reídas y aplaudidas, le dá ánimo é inspiración para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran hace que parezca gracioso, aunque no lo sea. Yo, por ejemplo, he oído en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí, ni para nadie, y sin embargo, me he reído como un bobo, me han hecho mucha gracia, y los he encontrado llenos de aticismo, en boca de dicho señor. Creo además, que en efecto lo estaban, porque yo no me movía á reírlos ni á celebrarlos, con falsa risa, ni por interés alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno que trae consigo el tener dinero, producen este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el día las amamos con más desinterés que nunca. Nunca, por ejemplo, ha habido menos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se exceptúa bajo la forma legítima y moral del *coburguismo*. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el *coburguismo* ilegítimo, desde Ciro el joven con Epíasa, reina de Cilicia, señora es de creer que ya anciana, á quien aquel héroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la corte de Luis XIV y de Luis XV.

Lo que es el *coburguismo* femenino, legítimo ó ilegítimo, sigue hoy como hace un siglo, y como en las primeras edades del mundo; desde Raab y Dalila hasta Adela Courtoys. Este *coburguismo* es más disculpable, que el masculino. Lope de Vega le disculpaba diciendo:

No estaba pobre la feroz Lucrecia;  
Que á darle don Tarquino mil reales,  
Ella fuera más blanda y menos necia.

Y Ariosto, con la leyenda *El perro precioso* inserta en el *Orlando*, le disculpa mucho más. Yo no le disculpo, pero le excuso, aunque no sea más que por el

desinteresado amor y la admiración sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, aun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conoedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando á Lorenzo el Magnífico y á Mecenas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Hérodes Atico; y hace otros cien mil beneficios, por donde viene á ser amado, admirado y reverenciado.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del orden antes de ser rico, luego que lo es, el mismo interés le presta por lo menos una moralidad y una religiosidad aparentes, que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho, que no debemos lamentar ni achacar á corrupción de nuestro siglo, ni á perversidad del linaje humano, este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la tierra, si no ama el dinero que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo, se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, la palanca de Arquímedes que mueve el mundo moral, el fundamento de casi toda la poesía, y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian, esto es, que aparentan despreciar el dinero, lo hacen por despecho y envidia; imitan á la zorra diciendo: *no están maduras*. Los que desprecian realmente el dinero, ó son locos, ó santos; son Diógenes ó San Francisco de Asís.

No hay nada en este mundo sublimar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae, ó son fantásticos, ó son comunes á toda vida humana, ó se van allanando y disipando con la cultura.

Era antes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de continuo el acaudalado, en los siglos bárbaros, como no ocultase mucho sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menes-

ter ser tirano, ó señor de horca y cuchillo, ó algo por el mismo órden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente vá desapareciendo ya casi del todo.

Otro inconveniente que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos, es fantástico y absurdo: consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Tan necio es atormentarse porque quieren á uno por el dinero, como atormentarse porque quieren á uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruido, etc.; calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero, que se deben al dinero en más ó menos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid en lo esencial, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, cualquiera linda dama podría aun tener el capricho de enamorarse de mí, sin que nadie lo censurase; pero, si del mozo de cordel se enamoraba, todo el mundo tendría esta pasión por una locura ó por una extravagancia. Luego, en último resultado; lo que mueve á amar, á no ser extravagantisimo el amor, es el dinero, ó algo que representa dinero, ó que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme, no es más que dinero.

Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona, es la autoridad y respetabilidad que dá á quien le tiene, y la justa confianza que quien le tiene inspira, aunque haya hecho mil picardías para adquirirle. Con esto sucede, por lo comun, á la generalidad de los hombres, lo que á muchas madres discretas que tratan de casar á sus hijas, y buscan novio que *la haya corrido yá*, como vulgarmente se dice, á fin de que no la *corra* despues de casado. Así nosotros, yá como particulares, yá como hombres políticos, buscamos, ó preferimos, para que administre la hacienda, á quienes la tienen propia, en

grande, aunque la hayan adquirido á nuestra costa. Suelen ser estos los administradores más seguros, y como expertos en ciertas artes, saben mejor que los inocentes evitar que los ejerzan sus subordinados.

Cuenta el poeta Heine, en confirmacion de esta doctrina, que, en tiempo del rey Rhampsenit, hubo en Egipto un ladrón tan hábil que robó los tesoros de S. M., á pesar de los guardianes armados y de los mil cerrojos, candados, puertas de hierro, muros y fosos, que los defendian. La princesa, hija del rey, que sabía de mágia, formó mil conjuros y se quedó en la gran sala de los tesoros, á fin de sorprender al ladrón, y de hacer que le prendiesen. Pero el ladrón, que acudió en efecto otra vez, lejos de dejarse sorprender y prender, robó de nuevo los tesoros é hizo á la princesa una pesada burla. Encantado y maravillado el rey de tan rara habilidad, y teniendo al ladrón por hombre extraordinario y de notable mérito, le quiso para yerno, y lo anunció así, á son de clarines y por pregon público, rogándole que se presentase. El ladrón, fiado en el salvo-conducto, se presentó al rey, y éste cumplió religiosamente su palabra. Por muerte de Rhampsenit sin hijos varones, subió al trono su yerno, y, dicen los historiadores de aquella época, esto es, los geroglíficos y *cartuchos* de las momias, que fué un modelo de reyes, gran protector del comercio y de las bellas artes. Durante su largo y glorioso reinado, nadie robó ni una hilacha en todo Egipto.

Ocurrió este suceso (la fecha del salvo-conducto de Rhampsenit) mil trescientos veinte y cuatro años antes del nacimiento de nuestro Divino Redentor. No digo yo que ocurran casos tan extraños en nuestros dias; pero siempre puede tener alguna aplicacion lo que de la historia se deduce. De otra suerte la historia no serviría para nada.

J. VALERA.

Cuestion de Criadas.

I.

Doña Anacleta es una señora muy puesta en sus puntos, que se precia de curiosa, y lo es más de lo que á la vecindad le conviniera.

Su constante afán, su continúa queja, es la de que no encuentra una criada capaz de llevar el peso de su casa, y su casa pesa más de lo que pudieran soportar unas fuerzas regulares.

Figúrense ustedes que doña Anacleta es una señora de cuarenta años, casada con un alto empleado, hoy cesante por mas señas, que tiene siete hijos parvulitos, y dos niñas.

Doña Anacleta, en atencion á las presentes circunstancias, que son las de no tener un cuarto, ha reducido hasta un punto inverosímil el personal de su servicio doméstico, y cuando antes tenia cocinera, doncella, costurera, y otra fámula para el tráfigo menudo de la casa, hoy aspira nada menos que á encontrar una sirvienta que, reasumiendo en sí todos los cargos mencionados, aunque con los emolumentos de uno solo, desempeñe todos los referidos y múltiples quehaceres del hogar.

Hace cinco meses que introdujo esta reforma económica en su casa, y en este espacio de tiempo ha agotado el repertorio de todas las Agencias de sirvientes establecidas.

Hoy se ha dedicado á recibir aspirantat: veamos cómo se compone con las que se le presentan.

II.

—Dios guarde á su Excelencia, señora.

—Deje V. el tratamiento. Con que me diga V. S., hay bastante. ¿V. busca casa donde servir?

—Ay! mire V. S., si señora. Yo soy una pobre, aunque V. S. perdone.... y como las cosas están así, pues....

—No hay por qué perdonar. Con que si á V. le conviene, yo tambien busco criada, y si nos ajustamos....

—Por mí no hay inconveniente. V. ó su *mercé* me dirá las condiciones.

—V. ha estado de doncella en alguna casa?

—Sí, señora, pero fué por muy poco

tiempo, y lo dejé para dedicarme á la cocina....

—Mejor, con eso sabrá V, aunque no sea más que un poco de cada cosa.

—Eso es; yo pico en todo, pero principalmente en la cocina.

—¿Y qué sabe V. de extraordinario?

—Diré á su merced.

—Usia....

—Bien, diré á V. S.... Yo he estado guisando en una posada, y lo que es un arroz y un pimenton, y unas patatas con sales, y....

—Aquí no habrá necesidad de esas cosas. ¿Sabe V. poner un asado y hacer unas cocretas?

—Asados, si señora; he asado muchos pimientos de la Rioja; pero tocante á las *coquetas*, no conozco más que á mis señoritas, las hijas de doña Margarita, donde yo estuve sirviendo el mes pasado, que todos los señoritos que iban allí, las llamaban de este modo.

—¿Y cuánto quiere V. ganar? porque me parece que no está V. muy fuerte en el arte culinario....

—Yo no sé lo que es el *colinario*, pero si es algun plato de gusto, en tomándole el tanteo, vamos.... es al decir, en viendo yo que vea cómo se aliña, pronto lo aprendo; y *respítive* á mi salario, son seis duros *mensuales al mes*.

—Puede V. buscar otra casa. No me acomoda.

—Pues no se ha perdido *naá*... Con que *cayga salú*.

III.

—¿Es cierto que buscaba V. una doncella? pregunta entrando una mujer anciana, acompañando á una jóven, de la que parece madre.

—Sí, señora, he estado buscando una mucho tiempo; pero lo que ahora busco es una mujer que sirva para todo.

—Ay, pues entonces mi hija no es de esas. Precisamente se ha salido de la casa donde estaba, porque una vez la mandaron ir á comprar unas patatas.

—Pues, hija, la que entra en mi casa ha de ser para todo; para guisar, coser, planchar, la compra y los recados....

—Tambien se avendría, segun fuera el salario, y la familia que haya en esta casa.

—Lo que es mi familia no es gran cosa; yo y mi esposo, que apenas para en casa; siete niños, que los pobrecitos no re-